

## LECCION XXIX.

### PROMESAS Y FIGURAS DEL MESÍAS.

Confirmación de la alianza. — Sangre de las víctimas esparcida entre el pueblo. — Sacrificios, décima figura del Mesías. — Idolatría de los Israelitas. — Becerro de oro. — El Señor desarmado por Moisés. — Descripción del arca y del tabernáculo. — Marcha del pueblo por el desierto. — Rebelión de Cadesbarne. — La serpiente de bronce, oncenava figura del Mesías.

Además de las dos tablas de piedra sobre las cuales estaba grabado el Decálogo, el Señor dió á Moisés un gran número de leyes infinitamente sábias y relativas ya á las ceremonias de la Religión, ya á las acciones de la vida <sup>4</sup>. Moisés las escribió, y al siguiente día mandó erigir un altar en la falda del monte, que era como el trono del Señor, y en torno del altar habia doce columnas que representaban las doce tribus de Israel. Terminada la obra, Moisés convocó al pueblo para la ceremonia de la confirmación de la alianza.

Todos acudieron, y colocados en rededor del altar, se sacrificaron las víctimas. Moisés leyó nuevamente el libro de la ley, y todos respondieron: Harémos cuanto el Señor nos mande. Moisés entonces, en pié cerca del altar, hizo que le trajeran un manojito de hisopo y lana teñida de escarlata; mezcló agua pura con sangre de las víctimas y roció el libro de la ley, y en seguida se presentaron las doce tribus, á las cuales roció con la misma sangre, una tras otra, pronunciando estas palabras: Aquí está la sangre de la alianza que el Señor ha hecho con vosotros.

El Señor, en la persona de Moisés, ratificaba por medio de esta aspersión la alianza y se obligaba á cumplirla, y el pueblo, cubierto con la sangre de las víctimas, confirmaba sus juramentos y se sometía al castigo de sus infracciones. En virtud de este contrato, los hijos de Israel fueron desde aquel momento y con título especial el pueblo de Dios, y Dios mismo se declaró especialmente el Dios, el Padre y el Rey de los hijos de Israel. No se ha visto jamás una ceremonia mas augusta ni mas imponente, y no era sin embargo mas que una sombra de la que despues de mas de quince siglos debia confirmar la nueva

<sup>4</sup> Véanse sobre las leyes de los Hebreos, entre otras, la obra de Mr. Frère, el *Hombre conocido por la revelación*, y especialmente la *Critica de las legislaciones paganas, y defensa de la legislación de Moisés*, por J. Brunati, profesor del seminario de Brescia, en 8º.; *Disertación sobre el Deuteronomio*, Biblia de Vence, t. IV, pág. 8 y sig.

alianza del Señor con todos los hombres, cuando el Mesías, Hijo de Dios y él mismo Dios, quiso ratificarla con la efusión de su propia sangre, y ser á la vez la víctima y el mediador del contrato. Moisés no era en todo esto mas que su figura.

En efecto, Moisés erige un altar rodeado de doce columnas para confirmar la antigua alianza, y Nuestro Señor, para confirmar la nueva alianza, eleva tambien un altar rodeado de sus doce Apóstoles. — Las doce columnas representaban á todo el pueblo de Israel, y los doce Apóstoles representaban á toda la Iglesia. — Moisés no ofreció su sacrificio hasta despues de bajar del monte de donde traía á los Israelitas la ley de Dios, y Nuestro Señor ofreció su sacrificio despues de haber bajado del cielo y habernos traído una ley divina. — Moisés inmoló víctimas, y esparció su sangre sobre el pueblo; Nuestro Señor se sacrificó á sí propio, y dió á beber su sangre á los Apóstoles. — Moisés, al esparcir la sangre de las víctimas, pronunció estas palabras: Aquí está la sangre de la alianza que el Señor hace con vosotros; Nuestro Señor, al dar su sangre á sus Apóstoles, pronunció estas mismas palabras: Aquí está la sangre de la nueva alianza que el Señor hace con los hombres. — El pueblo, cubierto con la sangre de las víctimas, se trocó en el pueblo de Dios, quien prometió protegerle en el desierto y conducirlo á la tierra prometida; y cubiertos con la sangre de Jesucristo, nos trocamos en el verdadero pueblo de Dios, quien promete protegernos en el desierto de la vida y conducirnos al cielo, figurado por la tierra prometida. — Despues que se confirmó la alianza, hubo entre los Hebreos dos especies de sacrificios, cruentos y no cruentos <sup>4</sup>; y despues que Nuestro Señor confirmó su nueva alianza, ha habido entre los Cristianos el sacrificio cruento del Calvario y el no cruento de nuestros altares. — En los sacrificios sangrientos de la antigua ley se daba muerte á la víctima, y en el sangriento sacrificio de la nueva ley se dió muerte á la víctima. — En los sacrificios no sangrientos de la antigua ley no se daba muerte á la víctima, y en el sacrificio no sangriento de la nueva ley no se da muerte á la víctima como en el Calvario, sino que es místicamente inmolada, porque Nuestro Señor no puede morir despues de haber resucitado. — La materia del sacrificio no cruento de la antigua ley era harina y vino; y la materia del sacrificio no cruento de la nueva ley es el pan y el vino que se convierten en el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor. — Todos los diversos sacrificios de la antigua ley se ofrecian por cuatro fines principales: adorar, dar gracias, pedir y expiar; y el sacrificio de la nueva ley encierra en sí solo todas estas ventajas: es un sacrificio de adoración, de acción de gracias, de petición y de expiación. — En la antigua ley, en lugar de todos los sacri-

<sup>4</sup> No decimos con esto que no existieran antes.

ficios, se sacrificaba cada día, mañana y tarde, un cordero sin mancha; y para perpetuar el sacrificio del Calvario, que reemplaza á todos los sacrificios antiguos, se inmola el Cordero de Dios cada día, y á cada hora del día y de la noche en nuestros altares, porque hace diez y ocho siglos que continuamente hay en alguna parte del mundo sacerdotes en el altar que celebran la santa misa.

Ya veis, por lo que precede, que todos los sacrificios de la antigua ley no eran mas que una figura del sacrificio de Nuestro Señor, así como la misma antigua ley no era mas que una figura de la nueva. Por esta razón contamos los sacrificios antiguos como la décima figura de Nuestro Señor.

El Señor, al dictar su ley á los Israelitas y al hacer alianza con ellos, les habia dado una relevante prueba de su bondad; pero les dió tal vez otra prueba mayor al perdonarles el increíble delito de que se hicieron culpables al pié del mismo Sinaí. Despues de la confirmación de la alianza, Moisés habia vuelto á subir al monte cubierto aun con espesa nube; el pueblo creyó que su ausencia no pasaria de algunos días, ó todo lo mas de algunas semanas, pero habiendo transcurrido un mes sin que se supiese lo que pasaba en el monte, la multitud empezó á murmurar. El Señor nos ha abandonado sin duda, dijeron; hagámonos dioses que vayan delante de nosotros y que nos saquen de los desiertos donde nos hallamos. ¿Quién lo creeria á no saber cuánta es la inconstancia del corazón humano? Estas insensatas palabras encontraron eco, los Israelitas construyeron un becerro de oro, y le ofrecieron abominables sacrificios, despues de lo cual se pusieron á comer, á beber y á bailar en rededor del ídolo.

Ante semejante espectáculo, el Señor dijo á Moisés: Anda, baja; tu pueblo, el que sacaste de la tierra de Egipto, pecó contra mí, y se ha hecho un becerro de oro que adora en lugar mio. Déjame que se enoje mi saña contra ese pueblo y lo extermine. Demasiado conocia Moisés el corazón de su Señor para que desesperase, y, cayendo á las plantas de Dios, le rogó diciendo: ¿Por qué, Señor, se enoja vuestra saña contra *vuestro* pueblo que sacásteis del cautiverio de Egipto? ¿Quereis que los Egipcios insulten vuestro santo nombre, diciendo que lo habeis sacado con artificio á estas soledades para hacerlo perecer? Acordaos de las promesas que hicisteis á Abraham, á Isaac y á Jacob, y que jurásteis multiplicar sus descendientes como las estrellas del cielo y establecerlos en la tierra de Canaan.

¡Prodigioso poder el de la oración! Á la voz de Moisés se aplaca el Señor, y se revoca la sentencia que condenaba á los Hebreos á una total ruina. Solo los mas culpables fueron castigados como merecian.

El Señor mandó en seguida á Moisés que construyera el arca de la alianza, destinada á contener, entre otras cosas, el libro de la ley y las dos tablas de piedra en que estaba grabado el *Decálogo*. El arca

era de madera incorruptible, forrada interior y exteriormente con oro purísimo, adornada en todo su circuito con una corona de oro, cerrada con una cubierta sobre la cual habia dos querubines, todo de oro macizo. El Señor queria en adelante hacer oír su voluntad desde ella, y oír las súplicas de su pueblo. El arca tenia dos codos y medio de longitud, y codo y medio de anchura y de elevación, y estaba colocada en el *tabernáculo*.

El tabernáculo era un pabellon de preciosas telas enriquecidas de bordaduras, de treinta codos de longitud y diez de anchura. Este templo portátil representaba la Iglesia mientras se hallaba aun sobre la tierra en estado de inestabilidad y en un lugar pasajero, así como despues el templo de Salomon figuró á la Iglesia en su estado de estabilidad y en la morada de los cielos. El tabernáculo era llevado por la tribu de Levi enteramente consagrada al Señor; Aaron, que era de esta tribu, fué elegido gran pontífice.

El Señor estableció tambien tres fiestas principales en conmemoración de las tres grandes gracias que habia concedido á su pueblo: la de Pascua, en memoria de la libertad de Egipto y del paso del mar Rojo; la de Pentecostes, en memoria de la publicación de la ley en el monte Sinaí, la cual se celebraba siete semanas despues de la de Pascua, y finalmente la de los Tabernáculos ó de las tiendas, en memoria de su viaje milagroso por el desierto mientras habian habitado en tiendas.

Esta fiesta duraba siete días, como las dos anteriores, durante los cuales los Israelitas habitaban bajo tiendas ó enramadas. Cuando fueron dueños de la tierra prometida, todos estaban obligados á encontrarse en Jerusalem en las tres solemnidades, á las que érales permitido á las mujeres asistir.

Se asistia á las oraciones y sacrificios acompañados siempre de música, y estos eran seguidos de inocentes diversiones, de modo que se tenían por dichosos los que podian hallarse en ellas, y desgraciados los que no eran libres de disfrutarlas. Tales deben ser la conducta y los sentimientos de los Cristianos en los días augustos y solemnes en que celebran la memoria de los beneficios que han recibido de Dios.

Cuando quedaron arregladas todas estas cosas, la columna de nube se alzó y se alejó del monte eternamente célebre de Sinaí. Hé aquí en qué orden continuaron su camino: todo el pueblo se dividió en cuatro grandes cuerpos, compuestos cada cual de tribus, y en medio estaba el tabernáculo llevado por los levitas. Estos cuatro grandes cuerpos, lo mismo que las tribus, no debian confundirse jamás, ni en las estaciones, ni en el camino, y de esta suerte el pueblo se hallaba siempre en estado de hacer frente por cualquier lado que los enemigos llegasen á acercarse para combatirlo. Cada tribu tenia su jefe y su bandera; en el centro de cada una de ellas iban las mujeres, los niños,

los ancianos, los carros y los rebaños, y de este modo el camino se hacia sin confusion y en el órden mas perfecto que puede imaginarse.

Dióse principio al viaje en este órden enteramente divino, que formaba el mas magnífico y al mismo tiempo el mas formidable espectáculo que jamás se haya visto. Era un ejército de mas de seiscientos mil combatientes, sin incluir en este número un pueblo entero de dos millones de mujeres, niños y ancianos, conducidos por el Señor Dios que se gloriaba de ir á su cabeza, y llevarlos reunidos bajo sus banderas y sus jefes á la conquista de un hermoso país prometido á sus padres para establecer en él, sobre las ruinas de los antiguos moradores, sus familias, su religion y su imperio. Iba á ejecutarse este grandioso proyecto, pero el éxito dependia de la fidelidad de los mismos hombres á quienes tanto interesaba.

Cerca de dos meses despues de su partida del Sinai los Israelitas llegaron á la vista de la tierra de Canaan; la columna se paró, y se acamparon en un sitio llamado Cadesbarne, el cual estaba destinado por Dios para tomar las últimas resoluciones con objeto de atacar á los enemigos que iban á combatir, y para ponerse en posesion de esta tierra tanto tiempo prometida. Moisés reunió por consiguiente á los hijos de Israel, y les dijo: Esta tierra que pisais es el país donde el Señor ha prometido introducirnos; hora es ya de emprender su conquista bajo su proteccion; no temais, y contad con el triunfo que harán infalible los auxilios y promesas del Todopoderoso.

Sin embargo, antes de pasar la frontera se resolvió enviar cierto número de hombres á reconocer el país. Escogiéronse doce diputados, uno de cada tribu, de cuyo número fueron Caleb y Josué, y estos diputados partieron y llevaron felizmente á cabo su comision. Á su vuelta trajeron, entre otros frutos, higos y granadas, pero especialmente un racimo de uvas tan prodigioso, que se vieron obligados á cortar la rama para pasarla sobre una larga viga con que iban cargados dos hombres<sup>1</sup>. La correría duró cuarenta dias, al cabo de los cuales llegaron los diputados al campo de Cadesbarne.

Al verles llegar, el pueblo se reunió al lado de Moisés y de Aaron, á quien los doce viajeros fueron á dar cuenta públicamente de su comision. Hablaron primero por ellos los hermosos frutos que traian.

<sup>1</sup> La prodigiosa fertilidad y la vegetacion vigorosa de la tierra prometida son hechos tan fundados y tan universalmente reconocidos, hasta por nuestros modernos viajeros, que seria superfluo demostrarlos. Véanse las *Cartas de algunos judíos*, etc., por el ingenioso abate de Guené. — Añadirémos tan solo un rasgo contado por un sabio y piadoso arzobispo, últimamente misionero en Siria: « Es- » tando en Alepo, dice, nos trajeron de las cercanías un racimo de uvas tan pro- » digioso, que mis compañeros y yo, que éramos siete, nos saciamos con él, y no » pudimos acabarlo. Tuve curiosidad de exprimir las uvas que quedaron del raci- » mo, y saqué cinco botellas de vino. »

Juzgad, dijeron al pueblo, por estos frutos monstruosos cuánta es la fertilidad de la tierra que acabamos de reconocer; no os habian engañado al deciros que en ella manaban arroyos de leche y miel. Moisés estaba alborozado al oír estas palabras; pero ¡cuál no fué su sorpresa y su dolor, cuando los diputados continuaron diciendo: Pero este país está lleno de grandes ciudades bien muralladas, y habitado por hombres de una corpulencia y una fuerza extraordinarias; hemos visto allí gigantes de tan enorme estatura, que al lado de ellos pareceríamos langostas! La misma tierra, á pesar de ser tan fértil, devora á sus habitantes, de modo que nos será imposible vivir en ella.

Ya podeis figuraros la extraña impresion que produciria semejante relato, apoyado por el gran número de enviados, sobre un pueblo mal dispuesto ya y pronto á la rebelion. Retratóse el desaliento en todos los semblantes, y empezaron á salir murmullos por todos lados. Sin embargo, dos diputados fieles, Caleb y Josué, se esforzaron en desengañar al pueblo. Se os engaña torpemente, exclamaron, tengamos valor tan solo de presentarnos delante de nuestros enemigos, y desaparecerán al momento.

Aproximábase la noche, y el pueblo se retiró á sus tiendas; pero el tiempo no hizo mas que exasperar el mal; á la mañana siguiente reinaba una espantosa confusion en el pueblo, y todos clamaban contra Moisés y Aaron. ¿Por qué no hemos muerto en Egipto, les decian sin embozo, ó no nos han hecho perecer á todos en el desierto? No, no queremos entrar en esa tierra para ser sacrificados por la espada de nuestros enemigos. Moisés, sumamente afligido, en vano amonestó, gimió y exhortó, pues no le escucharon, y la sedicion crecia por momentos.

Hora era ya de que el Señor tomase por su cuenta la causa de sus ministros. En el momento en que se preparaban los sublevados á arrojarles piedras, la columna de nube, que descansaba sobre el techo del tabernáculo, se convirtió en fuego amenazador, y demostró á los malvados toda la indignacion de un Dios ultrajado y resuelto á exterminarlos. El mismo Moisés tembló por ellos, y corrió á pedir su perdón. El Señor le respondió con una bondad que apenas se atrevia Moisés á prometerse: Les perdono como deseas; no perecerán todos en un dia por la peste como habia resuelto; pero soy el Dios vivo, y juro por mí mismo que mi gloria no se menoscabará con el perdón que les concedo. Hé aquí la sentencia que les anunciarás: Seréis tratados como habeis deseado serlo; todos los que desde la edad de veinte años por arriba habeis murmurado de mí, moriréis en ese desierto, donde se podrirán vuestros cadáveres, y no entraréis en la tierra cuya posesion juré á vuestros padres para sus descendientes. Solo exceptúo de mi sentencia á Caleb y á Josué; mas vuestros hijos

andarán errantes por la soledad durante cuarenta años, hasta que queden consumidos los cadáveres de sus padres.

Los diez diputados infieles cayeron muertos, heridos por la mano de Dios, en presencia de la multitud. El Señor permaneció inflexible, y fué preciso resolverse á volver al desierto para ver perecer allí un millon de hombres proscritos, y para ejecutar durante mas de treinta y ocho años la sentencia pronunciada por el Juez justo en el dia de su indignacion contra su pueblo rebelde.

Algunos años despues los Israelitas volvieron á rebelarse, y para castigarlos de sus continuas quejas el Señor envió contra ellos serpientes cuya mordedura, abrasadora como el fuego, les causaba la muerte. En tan apremiante peligro corrieron á la tienda de Moisés, y le dijeron : Hemos pecado al hablar contra el Señor y contra vos; suplicadle que nos libre de estas serpientes.

Dios eligió este momento para darnos una nueva figura del Mesías. Moisés suplicó por ellos, y el Señor le dijo : Haz una serpiente de bronce y ponla en un sitio elevado; el que la mire quedará curado de su herida. Moisés obedeció, y el veneno desaparecia al instante que dirigian sus ojos moribundos hácia la serpiente colocada en el leño saludable. Esta es la oncena figura del Mesías. — Los Hebreos son mordidos por serpientes que dan la muerte, y el género humano fué mordido en la persona de Adan por la serpiente infernal que le dió la muerte. — El Señor se compadece de los males que las serpientes causan á su pueblo, y se compadeció tambien de los males que la serpiente infernal causó á los hombres. — Dios manda hacer una serpiente de bronce y colocarla en un sitio elevado, y Nuestro Señor se hace hombre y es elevado sobre la cruz por orden de su Padre. — Todos los que miraban la serpiente de bronce quedaban curados de sus mordeduras, y cuantos miran con fe y amor á Nuestro Señor en la cruz quedan curados de las mordeduras de la serpiente infernal. — La serpiente de bronce no estuvo expuesta mas que á las miradas de un solo pueblo, y Nuestro Señor está expuesto á las miradas del mundo entero. — La serpiente de bronce no estuvo mucho tiempo á la vista del pueblo, y Nuestro Señor estará siempre expuesto sobre la cruz para curar las heridas que la serpiente infernal hará á los hombres hasta el fin del mundo. — Las mordeduras solo podian curarse con la vista de la serpiente de bronce, y las heridas que hace en nuestra alma el demonio solo pueden ser curadas por la fe en Nuestro Señor.

Esta figura nos dice de mas que la anterior : 1.º que el Mesías curará los males de nuestra alma; 2.º que para curarse será preciso mirarle, es decir, amarle y creer en él; 3.º que será el único médico de la humanidad.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por todos los prodigios que obrásteis en favor de vuestro pueblo; haced que sea agradecido por todos los que os habeis dignado obrar en favor mio sacrificándoos sobre la cruz como un tierno cordero, y dadme la fe y la caridad necesarias para aprovecharme de vuestra muerte.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, llevaré siempre conmigo un Crucifijo.